

EL MUNDO NO QUIERE MÁS PROMESAS

Escribía Saramago que tenemos la responsabilidad de tener los ojos abiertos en un mundo de ciegos. Y hoy, que se cumplen 59 años desde que Naciones Unidas proclamó la Declaración Universal de los Derechos Humanos, un avance histórico y trascendental en el reconocimiento de la dignidad de la persona y los derechos inherentes a la misma, sin embargo no es un día de fiesta, sino una jornada de reflexión y compromiso en la que tenemos que abrir los ojos, la razón y el corazón ante el drama que asola a gran parte de la humanidad. No se puede aspirar a una restauración real de los derechos de la persona si no es desde el respeto a la dignidad intrínseca del ser humano y sus diferencias, la igualdad de oportunidades y la justa distribución de la riqueza en el mundo. La pobreza, conformada por muchos ingredientes, se sitúa como causa y producto de las violaciones de los derechos humanos. Es el primer problema político del mundo y de vulneración de los derechos fundamentales. Por ello, para trazar un camino concreto que lleve a la progresiva implantación de aquella Declaración Universal, en el año 2.000, con la aprobación de la Resolución 55/2 de la Asamblea General, 189 Estados de todo el planeta aprobaron la Declaración de Objetivos del Milenio. Ocho grandes retos para alcanzar en el año 2015: erradicar la pobreza extrema y el hambre, lograr la enseñanza primaria universal, promover la igualdad de géneros y la autonomía de la mujer, reducir la mortalidad infantil, mejorar la salud materna, combatir el sida y otras enfermedades, garantizar la sostenibilidad del medio, y fomentar una asociación mundial para el desarrollo.

Siete años después, en el último informe de evaluación de los Objetivos del Milenio, el Secretario General de Naciones Unidas, Ban Ki-Moon, nos lanza la seria advertencia de que “el mundo no quiere más promesas, resulta fundamental que todas las partes implicadas cumplan en su totalidad los compromisos ya formulados”. Hay avances, pero insuficientes para las previsiones iniciales y las exigencias de las personas. La cascada de datos y de cifras es abrumadora: más de 500.000 mujeres siguen muriendo anualmente por complicaciones tratables durante el embarazo y parto; casi 3 millones de personas fallecieron por SIDA el pasado año, una enfermedad que deja ya 15 millones de niños huérfanos; la mitad de la población carece de formas básicas de saneamiento, y las desigualdades económicas se amplían en regiones como Asia Oriental; casi 200 millones de personas viven desplazadas de su país en un mundo de 800 millones de hambrientos, de guerras crónicas que alimentamos con la venta

de nuestras armas; el Africa Subsahariana sigue en el vagón de cola del desarrollo humano con una esperanza de vida, en algunos países, que no llega a los 40 años; mientras continúa aumentando la emisión de gases de efecto invernadero y disminuyendo la biodiversidad del planeta. ¿De qué derechos humanos estamos hablando?

Este es el mundo en el que vivimos, también era el de los guardias civiles Raúl Centeno y Fernando Trapero, el de Fuensanta y las 73 mujeres asesinadas por la violencia de género, el de los cientos de inmigrantes que no alcanzaron con vida nuestras costas. El mundo donde se levantan cada vez más chabolas de indigentes y muros de intolerancia, el de incremento en el consumo de drogas y redes de tráfico de personas, el de los parados de larga duración y familias que no llegan a fin de mes... Todo un reto frente al que no podemos permanecer indiferentes, ya sea por nuestro propio bienestar y seguridad, ya sea por el legado que dejemos a nuestros hijos o, simplemente, por razón de justicia y de conciencia. También este es el mundo del progreso, del desarrollo imparable de la ciencia, de las grandes conquistas, el que puede poner fin, algún día, a tantos sufrimientos. Como escribía Julián Marías, “que por mí no quede”.

Francisco García-Calabrés Cobo
Defensor de la Ciudadanía.